

UN ILUSTRE MARINO BURGALÉS

Don Francisco Pascual de Hoyos Saraviedra

Uno más entre aquella pléyade de célebres marinos españoles del siglo XVIII, fué nuestro biografiado. El impulso, tesón y ciencia de don Zenón de Somadevilla, Marqués de la Ensenada, trajo como consecuencia el estímulo y creación de las célebres escuelas de guardias marinas de Cádiz, la Naval de Cádiz, de la que salió aquella numerosa hornada de sabios marinos, honra de España, que inmortalizaron su nombre en cuantas empresas navales y científicas se les confirieron e intervinieron, y Valdés y Patiño, y Ulloa y Lángara, y Mazarredo y Tofiño, y Barceló y Gravina y Churruca, y tantos otros, descollaron por su ciencia y valor, siendo su nombre respetado en estos aspectos en toda aquella época.

Vió la luz nuestro burgalés en un pueblecito del Valle de Tudela, sito en la falda norte de Peña Mayor, en el límite casi de Burgos con Alava, en Santa María de Llano, el día 18 de mayo de 1786. Fueron sus padres don Manuel Florencio de Hoyos y doña Francisca de Saraviedra, vecinos del referido lugar, en el que habiendo hecho sus estudios de primeras letras y utilizando los afectos familiares de parientes residentes en Cádiz, le enviaron a su lado y, entusiasmado del mar, solicitó y obtuvo una plaza de guardia marina en la Escuela Naval de dicha ciudad, sentando plaza en este departamento el día 14 de julio de 1800.

El mismo, en su obra sobre la Geografía griega, nos lo expresa con estas palabras: «Llamado por una irresistible inclinación a la noble profesión de las armas, en la Marina militar ingresé en ella desde muy joven, y tanto, que ya a los 15 años de edad, había presenciado las imponentes escenas de las tempestades y el rudo y destructor aspecto de los combates navales».

Embarcó en 4 de septiembre de dicho año de 1800, en el navío «Atlante», y su vida desde entonces fuè tan movida, que dudo haya marino español que en aquella época, bajo los efectos funestos del pacto de familia, que arrastró a nuestros marinos a empresas desastrosas, pudiera igualarle. Pavía en su obra «Generales de Marina» trae toda la relación de los servicios de nuestro burgalés y ocupa su hoja de embarques, transbordos, acciones navales, servicios y comisiones varias páginas. De él dice Pavía en la biografía que le dedica, corroborando mi afirmación anterior, que «pocos pueden presentar como él veintidos años de carrera de constantes y largas navegaciones y distinguidos y brillantes hechos de armas, en que se dió a conocer por su pericia militar y marinera». Su dinamismo, su actividad fuè tan grande que que como el mismo nos dice en su obra citada «apenas llegado a los treinta años de mi vida, yo había dado la vuelta al globo que habitamos y hollado con su planta las cuatro partes en que antes se dividió, y recorrido los varios climas que median entre el círculo polar ártico y su opuesto».

No voy a referir todos sus embarques, transbordos y viajes que realizó en cumplimiento de los servicios que se le encomendaron; detalladamente constan en las notas de su vida, que trazó Pavía; solo me referiré en este artículo a las acciones más importantes y servicios y comisiones notorios por é' llevados a efecto, asi como los ascensos y cargos obtenidos y desempeñados, hasta que en 1853 fuè ascendido a Jefe de Escuadra, premio a su competencia, honradez, dignidad y entereza.

Terminadas sus prácticas en el «Atlante» fuè incorporado a la escuadra que mandaba el almirante D. Joaquín Moreno, y embarcando en la goleta «Sabina», salió con el grueso de la escuadra, en 1 de julio de 1801, a proteger y auxiliar a la escuadra francesa del contralmirante Linois, bloqueada por los ingleses en Algeciras, logrando romper el cerco, y unidas ambas regresaron a Cádiz, y pocos días después, en 12 de julio, ambas escuadras sostuvieron combate en aguas del estrecho con la inglesa, mandada por el almirante Saumarez, desgraciado para los españoles, que perdieron en el combate dos navíos el «Real Carlos» y el «San Hermenegildo», de tres puentes, logrando Hoyos en la fragata de su destino, en la que iba el almirante Moreno, arribar a Cádiz con los otros buques. Con este hecho de armas, dice Pavía, inauguró nuestro burgalés su carrera militar, en la que había de llegar al rango de general.

Pasó a prestar, en 1802, servicio a Nueva España, arribando a Veracruz con el navío «Santo Domingo», y de allí pasó a la Habana y

volvió a Veracruz, regresando a Cádiz ya ascendido a Alférez de Fragata, el 5 de octubre de 1802, llegando a Cádiz el 28 de junio de 1803. Practicó en diversos buques una porción de servicios y comisiones y en 10 de abril de 1805, zarpó rápidamente para el mar de las Antillas y a las órdenes del Capitán de Fragata D. Rosendo Porlier, tomó parte en el asalto del fuerte e isla del Diamante, regresando a la Península con la escuadra combinada de Villaneuve y Gravina, con la que fué a las Antillas, hallando el 22 de julio de dicho año a la altura del Cabo de Finisterre a la escuadra inglesa, mandada por el almirante Balder, con la que sostuvo combate, quedando su navío prisionero después de heroica resistencia y llevado a Inglaterra, y canjeado, volvió a España, siendo destinado al mando de tropa y después nombrado Ayudante del arsenal de la Carraca.

Pero su vida era el mar, y despreciando los puestos cómodos de los mandos en tierra, solicitó pasar nuevamente a la escuadra y embarcando se encontró el día 9 y el 14 de junio en el combate y rendición de la escuadra francesa del almirante Rosilly, pasando después a las costas del Perú, donde ya ascendido a Alférez de Navío en 23 de febrero de 1809 llevó a efecto comisiones y regresó a España en 12 de agosto de citado año, trayendo caudales, y dejados éstos, salió nuevamente para el Callao, arribando enfermo, siendo nombrado durante su restablecimiento Ayudante de la Mayoría de aquel Apostadero, en 4 de enero de 1810.

Durante el tiempo que permaneció en el Perú, su dinamismo le llevó a efectuar numerosas comisiones, ya que confiaban en su destreza y ciencia sus jefes. Transportó municiones al puerto de Ylo para el ejército del alto Perú; hizo tres viajes a Panamá; persiguió a la fragata insurgente «Limeña» huída a Chile; vigiló a varios buques insurgentes de Buenos Aires y llevó municiones al puerto de Arauco y al ejército que allí tenía su cabeza, transportando tropas para reforzarlo; bloqueó la bahía de La Concepción por setenta y dos días, tomando dicho puerto y ciudad, así como la de Talcahuano, reconoció por el general jefe de ejército de Chile, el sitio más ventajoso entre Talcahuano y el cabo de San Vicente, trazando cinco baterías, defendiendo con ellas los puntos dominantes. Era la fecha de la iniciación de la independencia de las colonias americanas, y bajo la dirección de sus jefes, puso todo su ardor y patriotismo en ayudar a la conservación de aquellos florones de España.

El 9 de febrero de 1815 partió con la corbeta «Descubierta» para las Islas Filipinas, haciendo escala en las islas Marianas, llegando a Manila el 22 de junio siguiente. Había ascendido a Teniente de Fragata en

30 de mayo anterior. Cumplida su misión partió para Cádiz el 16 de enero de 1816, haciendo el viaje por el Cabo de Buena Esperanza, llegando a su destino el 13 de mayo del mismo año, logrando con este viaje dar la vuelta al mundo. Aquí se le agregó a la división naval que mandaba el Brigadier D. José Rodríguez Arias y los servicios que se le ordenó prestar fueron comisiones de estado, cerca de las regencias berberiscas de Argel, Túnez y Trípoli; proteger la recalada de los buques procedentes de América, vigilando el mar comprendido en los cabos de San Vicente y Santa María y las islas Terceras, concediéndosele por todos estos servicios el grado de Teniente de Navío en 26 de octubre de 1816.

Para descansar se le destinó, en 11 de septiembre del siguiente año, a las órdenes del Teniente General D. José Martínez, a la comisión de revista del Inspector del Arsenal de la Carraca, pero haciéndosele poco movido este empleo, pidió reintegrarse a la Armada, y en 25 de febrero siguiente fué nombrado segundo comandante del convoy que había de transportar las tripulaciones rusas a su país, haciendo dos viajes y siendo por ello condecorado con la Cruz de 4.^a clase de San Waldomiro, regresando de Canstandt con los cinco navíos, y dos fragatas, que el gobierno español compró a Rusia.

Fué destinado nuevamente al Perú como conocedor de la situación de aquellos mares y apostadero, para donde salió en 12 de mayo de 1819 con la fragata «Prueba» a incorporarse allí con la división naval del Brigadier D. Rosendo Porlier, y después de cinco meses y medio de navegación, arribó a Guayaquil después de haberse presentado ante El Callao, bloqueado por la escuadra del almirante chileno Cokrane, al que burló, desembarcando enfermo. Durante el tiempo que estuvo en dicha división naval, llevó a efecto servicios notables; persiguió a la fragata insurgente «Rosa de los Andes» batiéndola, haciéndola embarrancar y perderse; llevó municiones y artillería al puerto de Arica; sostuvo diversos y reñidos combates hallándose en El Callao durante su bloqueo con la armada de dicho almirante chileno, hasta que abandonado por el ejército español entraron en la ciudad los insurgentes, disolviéndose el apostadero. Por entonces había ascendido a Teniente de Navío, y triste y abatido por la pérdida de aquellas colonias, regresó a España; desembarcó en Cádiz el 30 de abril de 1822.

Aquí puede decirse terminó la vida militar de nuestro biografiado, tan agitada tan movida, tan penosa y tan entregada al servicio de la patria, por cuyas glorias tanto se esforzó. Ahora comienza su vida administrativa y científica a la que en su desilusión se acogió, como lenitivo a su pena, al ver los desastres nacionales, pidiendo el retiro. Pero

el Rey, queriendo utilizar sus conocimientos científicos, le destinó al Observatorio astronómico de San Fernando como segundo astrónomo, pidiendo en 15 de mayo de 1840 la separación de este empleo, y el ingreso en el Cuerpo general de la Armada en la clase de Capitán de Navío pasivo, cuyos distintivos y honores le fueron concedidos en 1837.

En 1841 se le nombró Director del Colegio naval que iba a establecerse en Sevilla, encargándole interinamente de la Dirección del Colegio de San Telmo, pero en dicho cargo paró muy poco, pidiendo el relevo y el paso a los Tercios Navales, concediéndoselo y agregándole al de Sevilla. En el pronunciamiento contra la Regencia de Espartero, en 1843, se negó a reconocer a la Junta revolucionaria de Sevilla, y huyendo a Cádiz, se puso a las órdenes del Comandante general del Departamento.

Instalado el Colegio Naval en San Carlos, se le nombró en 1844 segundo Jefe del mismo; se le releva después de organizado, expresándole al hacerlo la satisfacción por su celo e inteligencia. Se le asciende a Brigadier en 10 de octubre de 1846 y en 1848 se le nombra para que auxilie al Jefe de Escuadra, su antiguo Jefe D. Juan José Martínez, para que redacte las obras elementales para los aspirantes al Colegio Naval, obras suyas la mayor parte. Se le comisiona para formar el Reglamento de la organización de ingenieros navales; la del Reglamento del Colegio Naval; la de informar sobre los personajes que debían ser enterrados en el Panteón de Marinos ilustres y otras de menor importancia.

Es nombrado por sus conocimientos e integridad, Vocal de la Junta Consultiva de la Armada y Mayor general de la misma. Se le concede la Cruz de 3.ª clase de San Fernando, por contribuir a combatir a una insurrección militar que estalló en Sevilla, y fué por su cultura y ciencia legido individuo de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

En este tiempo es cuando se dedicó a sus estudios y produjo sus principales obras literarias. De su pluma salió una interesante biografía del General de la Real Armada D. Antonio de Ulloa, que fué leída en la citada Academia Sevillana de Buenas Letras e impresa en Madrid en 1848. La memoria está dedicada al Excmo. Ayuntamiento de Sevilla con el fin de que diera nombres de calles a sus hijos, los célebres marinos D. Cayetano Valdés, D. Antonio de Ulloa, D. José Espinosa Tello y el Capitán de Navío D. José Mendoza Ríos, trayendo de todos ellos pequeñas biografías de sus hechos y méritos.

También en mencionada Academia, leyó una curiosísima memoria sobre la Geografía Griega de los tiempos de Homero y de la Escuela de Mileto, en la sesión del 14 de enero de 1848 y también fué impresa en Madrid en 1849.

Otra interesante biografía que publicó, como conocedor de la vida del Capitán general de la Armada Excmo. Sr. D. Juan Joaquín Moreno, quien le distinguió en su vida con su afecto y reconoció su valor y competencia por haber estado mucho tiempo bajo sus órdenes, con el título «Informe sobre la vida política, militar y marinera de dicho señor», que se imprimió en Madrid en 1849. La dedicó a los marinos españoles y se imprimió a expensas del nieto de referido Capitán general D. Leonardo de Santiago.

Dedicado más tarde a la política, fué elegido Diputado a Cortes por Sevilla en 1850, pero su integridad jamás la domeñó ningún interés de partido, ni personal, y habiéndosele exigido votase en una cuestión en que el Gobierno tenía marcado interés, pero que repugnaba a su conciencia, se resistió con entereza y dignidad, y este acto que manifestaba cual era su carácter, le valió la separación de la Mayoría general de la Armada, ordenándole el Gobierno salir inmediatamente para Cádiz. Pidió licencia, concediéndole una de seis meses, cuyo tiempo lo invirtió en viajar por el extranjero recorriendo las principales capitales europeas, y a poco de regresar, en 2 de julio de 1852, se le vuelve a nombrar Vocal de la Junta Consultiva de la Armada y por R. D. de 12 de octubre de 1853, se le promueve a Jefe de Escuadra y se le concede la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

Encontrándose muy delicado de salud pidió licencia, y habiendo fijado su residencia en Sevilla, falleció en esta capital el 6 de septiembre de 1854, aunque según la partida de bautismo de su lugar natal consta en una nota que «Falleció, según datos, en Alhama de Granada».

Esta fué la azarosa y fructífera vida de este insigne marino burgalés, gloria de la tierra, consagrado a la patria, descollando en sus actividades por su celo, patriotismo, energía, entereza y competencia.

JULIAN GARCIA SAINZ DE BARANDA